

Diferentes actitudes ante la *Jornada de Inglaterra* y reflejo de la mentalidad dinástica Habsburgo en San Marcos de León en paralelismo con la *hofkirche* de Innsbruck: dos notas sobre el Siglo de Oro

RESUMEN

Este artículo analiza diversas actitudes originadas, en diferentes niveles de la sociedad, por la *Felicitísima Armada*, y, además, el reflejo artístico de la mentalidad dinástica de la familia Habsburgo en edificios de España y Austria.

PALABRAS CLAVE: Jornada de Inglaterra, Habsburgo, mentalidad, arte, España, Austria.

ABSTRACT

This paper analyses several attitudes, originated in different social levels, by the *Spanish Armada*, and, furthermore, the artistic reflection of dynastical mentality of Habsburg family in buildings of Spain and Austria.

KEY WORDS: Spanish Armada, Habsburg, mentality, art, Spain, Austria.

De igual manera que el término «historiador» ha evolucionado desde el «hístor» homérico¹, sencillamente un testigo que ha presenciado algo y puede dar testimonio de ello², a quien

1 Homero, *Iltada*, XVIII, vv. 497-501; XXIII, v. 486.

2 Lledó, E., *Palabra y humanidad*, Oviedo 2015, p. 543: «En los primeros textos en los que aparece la palabra “historia”, “historiador” (*hístor*)

interpreta los datos³, también la historia ha evolucionado en cuanto a su campo de estudio, desde ocuparse exclusivamente de los *hechos importantes y dignos de admiración* («... ἔργα μεγάλα τε καὶ θαυμαστά») a los que alude Heródoto en el prólogo del primer libro de su *Historia* (y que enlazaría con la concepción histórica «heroica» surgida en la polis griega clásica⁴ que una parte de la historiografía parece continuar con su metodología y la temática que analiza) hasta incluir, incluso, las cuestiones «domésticas y silenciosas», citando uno de los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós⁵ (lo que no significa, obviamente, que todos los hechos sean de la misma relevancia histórica⁶), lo cual es plenamente coherente con un concepto elemental que nos recuerda la Teología: «Omnis vero vita est factum historicum»⁷.

Dentro del ámbito de la investigación histórica se encuentran las mentalidades, las cuales, por definición, son colectivas. En las presentes páginas, nos vamos a centrar en las mentalidades, tanto de los poderosos como de las gentes sencillas, res-

significa “el que ve”, “el que es responsable de decir lo que ve” (*mártiros*, “testigo”, dicen las glosas de la *Iliada*), de comunicar lo que ha vivido, lo que ha interpretado en los textos desde la lucha por la difícil pero siempre posible objetividad.»

3 Carr, E. H., *¿Qué es la Historia? Conferencias “George Macaulay Trevelyan” dictadas en la Universidad de Cambridge en enero – marzo de 1961*, Barcelona 1971, p. 32

4 Arendt, H., *La condición humana*, Barcelona 2002, p. 220-221: «La polis —si confiamos en las famosas palabras de Pericles en la *Oración Fúnebre*— garantizaba a quienes obligaran a cualquier mar y tierra a convertirse en escenario de su bravura que ésta no quedaría sin testimonio, y que no necesitarían ningún Homero ni cualquier otro que supiera hacer su elogio con palabras; sin ayuda de otros, quienes actuaran podrían asentar el imperecedero recuerdo de sus buenas acciones, inspirar admiración en el presente y en el futuro. [...] La organización de la polis [...] es una especie de recuerdo organizado. Asegura al actor mortal que su pasajera existencia y fugaz grandeza nunca carecerá de la realidad de que a uno lo vean, le oigan y, en general, aparezca ante un público de hombres, realidad que fuera de la polis duraría el breve momento de la ejecución y de “otros de su oficio” para que la presentaran a quienes no se encontraban allí.»

5 Pérez Galdós, B., *Bodas reales*, Madrid 1900, p. 5: «Si la historia, menos desmemoriada que el Tiempo, no se cuidase de retener y fijar toda humana concurrencia, ya sea de las públicas y resonantes, ya de las domésticas y silenciosas, hoy no sabría nadie que...»

6 No le faltaba razón a E. H. Carr (*¿Qué es la Historia?...* o. c., p. 141) cuando afirmó: «La historia es por lo tanto un proceso de selección que se lleva a cabo atendiendo a la relevancia histórica.»

7 Rahner, C., *De gratia Christi*, Oeniponte 1956, th. 30, I, 1.

pecto a un gran evento histórico como fue la *Grande y Felicísima Armada* que Felipe II envió contra Isabel I, y también en una mentalidad dinástica, familiar, por lo que el número de personas que conforman tal colectivo es reducido, pero no de carácter meramente individual, de modo que, por lo que a esto se refiere, no entraremos en lo que Sir John H. Elliot definió como «el oscuro mundo de la psicohistoria»⁸.

NIVELES DE APOYO A LA JORNADA DE INGLATERRA: MENTALIDADES Y ECONOMÍA COMO ELEMENTOS DE ANÁLISIS

«... llegando yo mozuelo a Lisboa,
cuando la jornada de Inglaterra...»
Lope de Vega⁹

En su conocida biografía sobre Miguel de Cervantes el autor leonés Andrés Trapiello escribió:

«Mientras tanto Miguel [...] fue nombrado de nuevo comisario [...], de modo que prosiguió las requisas de trigo, cebada y aceite, y a finales de enero de 1588 salió para Écija, siempre con el fin de proveer a la Armada, y a esta segunda comisión siguió aún una tercera, cuando la Armada ya había partido para Inglaterra.

Todos, incluido Cervantes, había puesto muchas esperanzas en aquella expedición y confiaban en que la Armada destruyese la flota inglesa, sometiese a la soberbia reina Isabel y trajese un poco de paz a los católicos de la isla...»¹⁰

La indicación de que «todos» deseaban lo mismo nos llevó a preguntarnos si las fuentes históricas reflejan unanimidad en cuanto a lo que fue la *Jornada de Inglaterra*. De ello puede deducirse una visión sobre la mentalidad de la época y sobre un aspecto no excesivamente tratado en la historiografía sobre el posicionamiento ante los conflictos bélicos de una población cuya opinión solía importar poco a la hora de tomar las grandes decisiones de la política en las sociedades del Antiguo Régimen pero sobre la que recaían muchas de sus consecuencias¹¹.

8 Elliot, J. H., *Richelieu y Olivares*, Barcelona 1984, p. 33.

9 Vega, L. de, *Cartas*. Edición, introducción y notas de Nicolás Marín, Madrid 1985, p. 101.

10 Trapiello, A., *Las vidas de Miguel de Cervantes*, Barcelona 2004, p. 123.

11 Actualmente resulta difícil mantener ciertos planteamientos historiográficos del pasado; así, por ejemplo, a la hora de afrontar el estudio de

Para nuestro análisis nos fijaremos en dos ámbitos: el de los privilegiados y el de los no privilegiados, porque la diferencia de sus intereses podrían llevar a tener visiones diferenciadas.

En primer lugar, atenderemos a los privilegiados. De entrada, entre la nobleza cabría hablar de dos tipos de posturas constatadas documentalmente: los decididamente partidarios de la empresa y quienes no mostraron tanto entusiasmo. Entre los primeros, cabe mencionar dos grandes nombres: el Duque de Alba, que instaba a Felipe II a atacar a Inglaterra antes de que lo hiciese Francia¹², y el Marqués de Santa Cruz, a quien sólo la enfermedad y la muerte impidieron ponerse a su frente, y que tanto deseaba que la empresa se llevase a cabo¹³.

Pero no toda la nobleza compartía esta visión. Más allá de las razones alegadas por el Duque de Medina Sidonia para no ponerse al mando de la *Gran Armada*¹⁴, y de sus diferentes estados de ánimo a lo largo de la empresa¹⁵, lo cierto es que las fuentes literarias manifiestan que más miembros de la nobleza acabaron participando más o menos a regañadientes. Un poema de la época comienza así:

«CARTA DE LAS DAMAS DE LA CORTE PARA
LOS GALANES QUE IBAN A LA ARMADA
Madrid, 1588

Los galanes de la corte
que fuisteis a la jornada:
las huérfanas de Madrid

la *Grande y Felicísima Armada*, el papel del pueblo queda reducido a esta sencilla alusión: «El Rey Católico estaba en la cumbre de su grandeza: su pueblo, tranquilo» (Fernández y Fernández de Retama, L., *Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal. Tomo XIX. España en tiempo de Felipe I (1556-1598). Volumen II*, Madrid 1958, p. 443).

12 Díaz-Plaja, F., *Historia de España en sus documentos. Siglo XVI*, Madrid 1988, p. 533.

13 Fernández Álvarez, M., *Felipe II y su tiempo*, Madrid 1998, p. 554-555.

14 Parker, G., *Felipe II. La biografía definitiva*, Madrid 2010, p. 839-840.

15 Aspecto este que aparece en el famoso libro sobre el tema de Garret Mattingly (Mattingly, G., *La Armada Invencible*, Barcelona 1961, p. 284, 290, 369 y 429). No está de más recordar que de esta obra escribió D. José Antonio Maravall: «por Mattingly con su excelente libro sobre la Armada Invencible, muchos tópicos han sido barridos de una vez, pero el episodio ha resaltado con una significación nueva incomparablemente más relevante» (Maravall, J. A., *La oposición política bajo los Austrias*, Barcelona 1974, p. 8).

os envían esta carta,
 porque nos dicen que fuisteis
 algunos de mala gana,
 vuélvase el que no la tiene
 que le damos la palabra
 de que en guerra más sabrosa
 podrán tener la batalla;»¹⁶

¿Por qué indica que fueron «algunos de mala gana»? ¿Acaso es sólo una «licencia poética» que convenía al discurso de un poema de tipo amoroso? En realidad creemos que no. D. Luis Rosales, al respecto de este y de la «Respuesta de los galanes que van en la armada a las damas de la Corte»¹⁷ (cuya lectura íntegra recomendamos), escribió:

«Se refleja en estos poemas la doble reacción hostil frente a la empresa marinera, de la meseta y de la corte»¹⁸.

Es más que probable que así fuese, en ambas cuestiones. Pero, con todo, esto no sería sino el reflejo de algo más profundo y constatado: no es mera anécdota, sino muestra de algo más categorial. Un gran conocedor de la España de los Austrias como fue D. Antonio Domínguez Ortiz escribió, en referencia a la época de Felipe II:

«También se necesitaban hombres; las vocaciones militares habían bajado mucho, como siempre ha ocurrido en épocas de paz interior. [...] se notaba cada vez más el desvío de la alta nobleza de la profesión de las armas.»¹⁹

Y probablemente las raíces de esta situación fuesen haya que buscarlas en tiempos pretéritos, pues, evidentemente, la empresa de la conquista americana fue protagonizada por hidalgos, no por la más encumbrada nobleza. Los tiempos estaban cambiando. Las mentalidades del Renacimiento iban declinando hacia el Barroco²⁰. Escribía Luis Rosales:

16 Rosales, L., *Estudios sobre el Barroco*, Valladolid 1996, p. 224-225.

17 ÍD., *ibíd.*, p. 226-227.

18 ÍD., *ibíd.*, p. 227.

19 Domínguez Ortiz, A., *España, tres milenios de Historia*, Madrid 2004, p. 153.

20 La evolución de los tiempos se manifestaba tanto en las mentalidades como en otros ámbitos. Así, por ejemplo, el lenguaje del Siglo de Oro fue evolucionando del Renacimiento al Barroco, algo atestiguado por el mismo Lope de Vega en *Las fortunas de Diana*: «Y aquí, de paso advierta vuestra merced que a muchos ignorantes que piensan que saben, espanta que con tales vocablos se dé a Garcilaso nombre de príncipe de los poetas

«Si la poesía heroica del quinientos canta la guerra y la victoria, la poesía heroica del Barroco comienza a cantar la paz, y con ella los tratados de paz. El héroe militar comienza a convertirse en el héroe político.»²¹

Pero no sólo eso. El ideal caballeresco de otrora (por ejemplo, Suero de Quiñones rompiendo lanzas) acaba convertido en D. Quijote; a finales de siglo XVI, cuando Cervantes comienza a idear a su personaje, las mentalidades ya han ido cambiando. No es que desapareciese completamente: los torneos y actividades similares seguían siendo entretenimientos gratos a los privilegiados, y no faltaron ejemplos de aristócratas deseosos de brillar en las armas y las letras, como el Conde de Villamediana²² (continuando el ejemplo de personajes como Garcilaso de la Vega), siendo algo que merecía elogios en la época²³. Y quizá haya que considerar esto a la hora de comprender mejor un detalle histórico acontecido a la vuelta de los restos de la *Gran Armada*. Escribe Garrett Mattingly:

«En octubre, una litera tirada por caballos y ornada de cortinajes, escoltada por los pocos servidores del duque [de Medina Sidonia] que aún quedaban vivos, emprendió el camino de regreso por las montañas. No se detuvo en ninguna noble mansión. Pocas quedaban en España que no estuvieran de luto total. Evitó igualmente las ciudades donde quizá le habrían acogido con insultos y pedradas.»²⁴

Siendo lógico lo que se expone, habida cuenta de las numerosas víctimas que supuso la desastrosa empresa (recuérdese que el tremendo golpe moral que supuso animó al citado P. Ribadeneyra a escribir, a modo de consolación, su *Tratado de la tribulación*²⁵), más lo sería si una parte de los participantes lo

en España. “Tornada”, y otros vocablos que se ven en sus obras, era lo que se usaba entonces; y así, ninguno desta edad debe bachillerear tanto que le parezca que si Garcilaso naciera en ésta no usara los aumentos de nuestra lengua.» (Vega, L. de, *Novelas a Marcia Leonarda*, Palencia 2005, p. 39).

21 Rosales, L., *Estudios sobre...o. c.*, p. 243.

22 Tassis, J. de, Conde de Villamediana, *Poesta impresa completa*. Edición de José Francisco Ruiz Casanova, Madrid 1990, p. 19 (de la introducción, en referencia a 1613): «Acuciado por la costumbre de adquirir prestigio no sólo por las letras, sino también por las armas, es nombrado maestre de campo en las guerras de Nápoles y Lombardía...»

23 Todavía, por ejemplo, Lope de Vega, en *La desdicha por la honra*, aludía al Cardenal Cisneros como «persona que peleaba y escribía» (Vega, L. de, *Novelas... o. c.*, p. 55).

24 Mattingly, G., *La Armada... o. c.*, p. 432.

25 En la introducción a la edición de 1877 el también jesuita P. Miguel Mir escribió lo siguiente (y citamos respetando la ortografía original):

hubiese hecho sin entusiasmo, dado que en las *nobles mansiones* el ideal bélico ya no tenía el brillo de antaño.

El desinterés por la guerra de, al menos, una parte de la nobleza que hemos visto a finales del siglo XVI también se documenta en la primera mitad del siglo XVII, como ha estudiado el gran hispanista Sir John H. Elliott²⁶. Y este mismo historiador británico también ha sugerido la posibilidad de una interesante casuística, pertinente para complementar nuestro análisis: la del noble que, precisamente por haber participado en la *Felicitísima Armada*, vio que las armas no eran su vocación²⁷.

«La ocasión de escribirlo (dice el mismo P. Rivadeneira) fue el deseo de instruir y consolar á los fieles en las grandes calamidades con que quiso Dios afligir por aquel tiempo á la cristiandad, y en especial á la nacion española. En el año anterior de 1588, para vengar agravios recibidos, y más que todo la muerte de la sin ventura Reina de Escocia María Estuardo, victima de la perfidia y crueldad de su prima la Reina Isabel de Inglaterra, el Rey D. Felipe II de este nombre aprestó una de las mayores armadas que hasta entonces habian oprimido los mares. [...] La noticia del espantoso desastre, llenó de consternacion á toda España. Para consolar los espíritus abatidos y hacer ver la justicia de Dios y las entrañas de su misericordia en aquella terrible calamidad, escribió el P. Ribadeneira el libro de la *Tribulacion...*» (Rivadeneira, P. de, *Tratado de la tribulación*. Nueva edición precedida de un prólogo por el P. Miguel Mir, Madrid 1877, p. XIV-XV).

26 Elliott, J. H., *El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona 1990, p. 499: «Al igual que Richelieu, Olivares planeaba movilizar a la nobleza para la guerra. En 1634, el Consejo de Estado recomendaba que se volviera a poner en vigor un sistema por el que los miembros de la nobleza de título eran nombrados coroneles, con la obligación de mantener sus regimientos a su costa. Como era de esperar, los duques pretextaron uno tras otro hallarse endeudados, y hubo varios que fueron desterrados a sus señoríos ante su negativa a obedecer. El conde-duque, sin embargo, formó su propio regimiento, compuesto por 1.500 hombres, y parece que no faltaron miembros de las principales familias de Castilla que quisieran servir como voluntarios bajo su bandera. Pero el intento de movilizar a la pequeña nobleza de Castilla con el pretexto de la inminente marcha del rey hacia el campo de batalla obtuvo unos resultados prácticos muy exiguos, en parte, acaso, debido a que el rey no salió nunca de Madrid. Durante los años siguientes, el fracaso de otros intentos parecidos vendría a poner de manifiesto que los hidalgos de Castilla, lo mismo que sus compañeros de las demás sociedades europeas occidentales, ya no consideraban que su razón de ser fuera la guerra.»

27 ÍD., *ibíd.*, p. 61: «Parece que fue el propio Olivares el que maquinó la llamada a la corte de Zúñiga en junio de 1617. Nacido en Salamanca hacia 1561, don Baltasar era hijo del cuarto conde de Monterrey. Tras frecuentar la Universidad de Salamanca, se hizo soldado y zarpó con la Armada Invencible hacia Inglaterra en 1588. Puede que fuera esta experiencia la que le persuadió que su vocación era otra, por lo que se unió a su cuñado, el conde de Olivares, en la embajada de Roma, para hacer su aprendizaje en las artes de la diplomacia.»

Sobre el tema de la nobleza y la *Gran Armada* hay un último aspecto que sobre el que deseamos reflexionar. Hay un soneto de D. Juan de Tassis, Conde de Villamediana con este título: «Al Marqués de Santa Cruz electo Capitán General en la Jornada de Inglaterra cuya muerte se tuvo por agüero infeliz». El segundo cuarteto del poema dice así:

«Llore la grande Hesperia el triste agüero
a que dio causa el cielo riguroso,
pues ya el cuello inclinado el temeroso
isleño sacudió el yugo severo.»²⁸

La lectura de estos versos nos ha motivado una serie de preguntas de respuesta poco menos que imposible de saber: ¿acaso escuchó que el fallecimiento del Marqués que iba a liderar la flota hispánica siendo en aquel mismo momento, cuando apenas llegaba a los seis años, o después del fracaso de la expedición? Si hubiese sido en el mismo momento, en todo caso, debió oírlo en el ámbito de los privilegiados al que pertenecía su familia, de modo que mostraría una actitud poco propicia respecto al éxito de la *Gran Armada*. Curiosamente, como es bien sabido, el padre del poeta consiguió el título de conde como recompensa por su buen quehacer diplomático en las negociaciones de paz celebradas en Londres que cerrarían la guerra iniciada, precisamente, con la *Jornada de Inglaterra*.

Cambiamos de tercio: ¿cuál era la actitud frente a la *Jornada de Inglaterra* entre los no privilegiados? La respuesta también ha de ser que tampoco había unanimidad en el apoyo a la empresa.

Para ello no bastaría con aducir las deserciones que entre sus tropas se produjeron en Lisboa (las causas son que estaban «Mal comidos, mal vestidos y sin cobrar»²⁹), dado que esto puede observarse en situaciones similares en otros momentos y contextos³⁰. Pero sí resulta mucho más revelador algo escrito por el Padre Ribadeneyra, alguien, por cierto, muy interesado en los

28 Conde de Villamediana, *Poesía*. Edición, prólogo y notas de María Teresa Ruestes, Barcelona 1991, p. 221.

29 Mattingly, G., *La Armada...* o. c., p. 247-248.

30 Para las deserciones y motines de las tropas de la monarquía hispánica en Flandes *vid.* Parker, G., *El ejército de Flandes y el Camino Español. 1567-1659. La logística de la victoria y derrota en las guerras de los Países Bajos*, Madrid 1985, capítulos 7 y 8.

sucesos de Inglaterra, como lo demuestra su *Historia eclesiástica del scisma del Reino de Inglaterra*³¹, que, dicho sea de paso, sirvió de fuente documental a Pedro Calderón de la Barca para escribir *La Cisma de Inglaterra*³².

El texto al que nos referimos no se encuentra en la obra anteriormente citada, sino en una «Carta de Ribadeneyra para un privado de Su Majestad sobre las causas de la pérdida de la Armada». En ella dice:

«La primera es, que mande Su Majestad desagraviar a muchas personas que en estos reinos, y particularmente en Andalucía, han sido agraviados de sus ministros, y con nombre y vara de justicia han sido despojados de su sustento y del remedio de sus hijos, sin ser pagados ni oídos, antes aprisionados y afligidos por querer defender sus haciendas. Esto entiendo ha sido con gran exceso y violencia, que a personas graves y temerosas de Dios he oído decir antes que partiese la Armada, que no era posible tuviera buen suceso, pues iba cargada de los sudores y maldiciones de tanta gente miserable, a los cuales suele el Señor juzgar y oír; especialmente que se entiende que buena parte de lo que se ha tomado con nombre de Su Majestad y de la Armada, no ha sido para su real servicio, sino para enriquecer a los que lo han tomado.»³³

Este testimonio contrasta con otras palabras del mismo autor, en este caso no limitadas a la privacidad epistolar, sino a su publicidad; en su «Exhortación para los soldados y Capitanes que van a esta Jornada de Inglaterra, en nombre de su Capitán General» dice:

«Si no supiese, invictos capitanes y esforzados soldados, el celo y piedad y el ánimo y valor con que Vs. Ms. han deseado esta Jornada de Inglaterra y van a ella, confiados en el favor de Dios y piensan acabarla y concluirla felicísimamente, gastaría yo muchas palabras y traería muchas razones para persuadirles lo que ella importa.»³⁴

Existe un fuerte contraste entre ambos textos del citado jesuita toledano, y no sólo motivado por ser uno posterior y otro anterior al desastre naval de la *Gran Armada*, sino también por

31 Publicada en Madrid en 1588.

32 Calderón de la Barca, P., *La cisma de Inglaterra*. Edición, introducción y notas de Francisco Ruiz Ramón, Madrid 1981, p. 55-58 (de la introducción).

33 Testimonio recogido en Díaz-Plaja. F., *Historia de... o. c.*, p. 563-564.

34 ÍD., *ibíd.*, p. 544.

aquello, ya apuntado por Plinio el Joven, de que una cosa es dirigirse a un amigo y otra al público³⁵. Sin duda el P. Ribadeneyra era un entusiasta defensor, plenamente convencido de lo que suponía la *Jornada de Inglaterra* y de que sus motivaciones eran justas, mas, tras este comienzo, usa «muchas palabras» con una finalidad de la que, precisamente, indica que no las necesita. La intención es, claramente, de infundir ánimo y motivación a las tropas (sin duda el P. Ribadeneyra estaría de acuerdo con lo que escribió Vicente Espinel: «algo se ha de añadir para que los ánimos se alienten a pasar adelante con los actos de virtud»³⁶), lo cual puede resultar lógico dadas las circunstancias, pero quizá porque supiese que era necesaria esa inyección de moral dado que no había tanta como cabría esperar.

Se ha hablado en alguna ocasión de «la popularidad de la campaña contra Isabel Tudor», y se han alegado, como testimonios, textos de autores como, por ejemplo, el citado P. Ribadeneyra y Góngora³⁷. Mas lo cierto es que, en ocasiones, los escritos o las palabras están condicionados por el contexto. Al respecto del texto anteriormente citado («eco de la machacona propaganda oficial»³⁸), ya queda visto cómo su entusiasmo convivía con el conocimiento que tenía de la falta del mismo sentimiento en los grupos sociales sobre cuyo esfuerzo recaía, al menos, una parte importante del soporte material de la misma. En cuanto a D. Luis de Góngora, uno de los mayores expertos actuales en su obra como José María Micó ha escrito:

«Góngora no sintió nunca una auténtica propensión a lo heroico, y la canción a la Armada, lejos de ser una “oda na-

35 «Aliud est enim epistulam, aliud historiam, aliud amicum, aliud omnibus scribere» (*Epistulam*, VI, 22) (citamos por C. Plini Caecili, *Epistolarum liber sextus*. Edited by J. D. Duff, M. A., Fellow of Trinity College, Cambridge 1906, p. 15).

36 Espinel, V., *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*. I, Palencia 2004, p. 140.

37 Rodríguez Salgado, M. J., «Patriotismo y política exterior en la época de Carlos V y Felipe II», en *La proyección europea de la Monarquía hispánica*, dir. F. Ruiz Martín, Madrid 1996, 49-105, concretamente p. 84.

38 Palabras de Felipe Ruiz Martín en *Prólogo a la edición española de la obra de Geoffrey Parker sobre El ejército de Flandes y el Camino Español* (o. c., p. 30). El análisis que realizamos en el presente artículo se encuentra metodológicamente en la línea que, según el Prof. Ruiz Martín empleó Geoffrey Parker, en cuanto a fijarnos no tanto en la «propaganda oficial» sino en lo que pensaba la gente al respecto: «Lo que persigue son las reacciones anónimas comunitarias. No el eco de la machacona propaganda oficial [...]. Lo que preocupa a Geoffrey Parker es la psicología de la masa.»

cional” impregnada de sincero y orgulloso patriotismo (según opinaba la crítica anterior a Jammes), es, como casi todos los poemas de su género, una obra de circunstancias...»³⁹

De todo lo anterior parece deducirse que la «actitud mental» (expresión que tomamos de D. José Antonio Maravall⁴⁰) previa ante la *Jornada de Inglaterra* no fue tan unánime como podría pensarse a priori, y además de quienes la apoyaban, incluso con entusiasmo, por razones religiosas y políticas, también hubo otros con actitudes más tibias, como una parte de los nobles, porque la mentalidad iba cambiando, o directamente contraria, como, al menos, un sector de los no privilegiados, no ya porque probablemente poco les importase lo que aconteciese en un lejano reino «que aprisionan y fortifican las borrascas»⁴¹, sino porque una parte importante del esfuerzo económico recayó sobre sus espaldas, empeorando sus ya precarias condiciones de vida⁴². No debe olvidarse que en «la España de los Habsburgo, el estado más rico y poderoso de Europa»⁴³ una parte muy importante de la población vivía en rigurosa pobreza.

Probablemente estas corrientes de disidencia respecto a la política de Felipe II⁴⁴ haya que conectarlas con los niveles de popularidad (usando una expresión actual) del monarca. Geoffrey Parker tituló un apartado de su biografía sobre el citado monarca de la siguiente manera: «¿Por qué no quisieron los españoles a Felipe II?»⁴⁵ Nada vamos a añadir al respecto; nos limitamos a recordar, sencillamente, y siguiendo a D. Manuel Fernández Álvarez, que «la tremenda presión fiscal» y las condiciones ocasio-

39 Micó, J. M., «Comentario a “Levanta, España, tu famosa diestra”», en www.upf.edu/todogongora/poesia/canciones/072/comentario.html

40 Maravall, J. A., *La oposición política...* o. c., p. 21.

41 Quevedo, F. de, *Los sueños*, Madrid 2003, p. 217

42 Huelga recordar la evolución económica de la época, por conocida, aunque no nos resistimos a citar una frase de Bartolomé Bennassar muy pertinente para lo que estamos analizando: «En la historia del mundo pocas sociedades han acumulado tantas desigualdades en unos espacios tan restringidos como la España del Siglo de Oro» (Bennassar, B., *La España del Siglo de Oro*, Barcelona 1990, p. 172).

43 Parker, G., *El ejército...* o. c., p. 13.

44 Las corrientes disidentes de una parte de la nobleza (exceptuando la del Duque de Medina Sidonia o las opiniones discrepantes por razones puramente estratégicas) no parecen haber sido tenidas en las obras más importantes sobre el tema, como la citada de Mattingly o, posteriormente Martin, C. J. M. – Parker, G., *La Gran Armada*, Madrid 1988).

45 Paker, G., *Felipe II...* o. c., p. 960.

nadas por la llamada «revolución de los precios» tuvieron tal efecto sobre la gente sencilla «que las mismas las mismas Cortes de Castilla, pese a estar dominadas por un patriciado urbano representante del sector consumidor, no pueden menos de denunciar la miseria general del país y, en particular, del campo, el mismo año de 1598, en el que Felipe II concluía su reinado.»⁴⁶

Resulta lógico que las disensiones con la política del monarca tuviesen menor eco y divulgación: discrepar del poder en aquella época no era lo mismo que hacerlo en una sociedad democrática contemporánea; sin embargo, los indicios documentales y literarios que han llegado son lo suficientemente claros como para aceptar como algo auténticamente histórico que no toda la sociedad española vio con igual entusiasmo lo que significó la *Jornada de Inglaterra*: no existía unanimidad al respecto⁴⁷.

Por último, no puede quedar en el tintero la indicación de algo conceptualmente importante: la postura contraria de ciertos sectores sociales a la acción bélica que hemos visto no tiene nada que ver (y nos atreveríamos a decir que por desgracia) con el pacifismo que defendió, en verdad con poco éxito, en las primeras décadas del siglo XVI, Erasmo de Róterdam⁴⁸.

46 Fernández Álvarez, M., *Historia de España Menéndez Pidal. El siglo XVI. Economía. Sociedad. Instituciones*, Madrid 1989, p. 298-309, concretamente p. 307.

47 Aunque sea en una sencilla nota, no nos resistimos, antes de dejar el tema de la *Gran Armada*, o *Felicitísima Armada*, a plantear una pregunta. Se ha explicado por parte de los expertos (por ejemplo, Parker, G., *Felipe II...* o. c., p. 835) la confusión que Felipe II generó durante un tiempo respecto a los planes para la misma, llegándose a documentar, por ejemplo, lo siguiente (ÍD., *ibíd.*, p. 1319): «Incluso los hombres embarcados en la propia Armada estaban confusos: un prisionero afirmaba en agosto de 1588 que a él también le habían dicho que el destino de la Armada sería Larache y que sólo cuando salieron al mar se les reveló el verdadero plan». La pregunta al respecto que formulamos es la siguiente: ¿acaso una de las razones de la falta de información a los embarcados sería la impopularidad de la *Jornada de Inglaterra* entre una parte de los embarcados? Probablemente la respuesta sea negativa, pero entendemos que es pertinente formular la pregunta.

48 Marcel Bataillon, en un ensayo titulado «Un extremo del irenismo erasmiano en el adagio “Bellum” (publicado por primera vez en 1969 e incluido en Bataillon, M., *Erasmus y el erasmismo*, Barcelona 2000, p. 64-79), escribe (p. 78-79): «Basten nuestras observaciones esporádicas para dar a entender que la punta más hiriente del *Dulce bellum inexpertis* no abrió surco bien visible en el pensamiento político-religioso del siglo XVI. [...] El mérito —ideal más que práctico— del irenismo religioso radical de Erasmo

REFLEJO DE LA MENTALIDAD HABSBURGO EN SAN MARCOS DE LEÓN EN RELACIÓN CON LA *HOFKIRCHE* DE INNSBRUCK: MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS DEL IDEAL DINÁSTICO Y DEL MARCO HISTÓRICO

Hace unos años, en un libro dedicado a ciertos aspectos culturales de la Catedral y del convento de San Marcos de la ciudad de León⁴⁹, intentamos aclarar algunos aspectos, probablemente no comprendidos de manera suficiente, sobre la galería de bustos en relieve que decoran la fachada plateresca de la que fue sede de la Orden de Santiago en el Reino de León. Básicamente, se estructura en torno a algunos ejes. Uno de ellos es el del ideal caballeresco (propio tanto del simbolismo del edificio donde se encuentra este conjunto de relieves como del sentido ideológico del concepto de caballero aplicado a Carlos V⁵⁰, con clara función propagandística⁵¹), reflejado en las figuras de los *nueve de la fama*⁵², faltando el rey Arturo y Godofredo de Buillón, y argumentábamos la hipótesis de que estas dos significativas ausencias fuesen el reflejo directo de la política carolina del preciso momento en el que se estaba realizando la citada obra artística: enfrentamiento bélico con Francia (cabe recordar aquello de «las francesas armas odiosas» de Garcilaso de la Vega⁵³) y serias tensiones con Inglaterra a propósito del divorcio de Enrique VIII y la tía del Emperador, Catalina de Aragón⁵⁴.

consiste en la raíz histórica de su evangelismo. Abarcaba su visión desde la época apostólica y patristica hasta un incierto porvenir en que quizá se aviniese el cristianismo a no contar con otras armas que las suyas espirituales. Hoy es cuando por fin vemos a los cristianos de diferentes confesiones tratarse unos a otros no como enemigos, sino como hermanos divididos y procurar el diálogo con los no-cristianos.»

49 Martínez Ángel, L., *Estudios de historia cultural medieval y renacentista sobre la Catedral y San Marcos de León*, León 2012.

50 Respecto al ideal de caballero y su asociación al monarca, escribía a comienzos del siglo XVII en una epístola el Conde de Villamediana: «Que aún en el estado real, lo más que se puede loar a un príncipe es diciendo que es buen caballero, vocablo en quien se incluyen valor y virtud.» (Villamediana, *Obras*. Edición, introducción y notas de Juan Manuel Rozas, Madrid 1980, p. 390. La carta está datada en Sigüenza el 25 de diciembre de 1618, p. 393).

51 Posteriormente aludiremos a esta cuestión.

52 A la misma conclusión llegó unos años después Eduardo Aguirre Romero (Aguirre Romero, E. (textos) – Ramos Blanco, Luis M. (fotografías), *El Cosmos de Piedra. Héros, fama y poder en los medallones de San Marcos*, León 2015, p. 46).

53 De la Vega, G., *Poesías castellanas completas*. Edición, introducción y notas de Elías L. Rivers, Madrid 1986, p. 52.

54 Eduardo Aguirre menciona las dos ausencias citadas, pero no da explicación para las mismas (Aguirre, E., *El Cosmos... o. c.*, p. 46: «Nada

Otro de los ejes es el dinástico, con personajes como el príncipe Juan, Felipe el Hermoso, Fernando de Aragón⁵⁵, Isabel de Castilla, además de Carlos V entre Trajano y Adriano. Y hay algunos personajes más: los troyanos. Al respecto de ellos, escribimos:

«la presencia de los héroes homéricos de la guerra de Troya en la fachada que nos ocupa podría haber tenido una función simbólica similar, además, obviamente, de representar, como la mayoría de los otros personajes de los medallones que nos ocupan, el ideal bélico caballeresco.»⁵⁶

Sobre la presencia de los mismos, algún otro autor ha realizado una interpretación diferente⁵⁷.

No es que el ideal caballeresco no sea parte de la explicación de la presencia de Príamo, Paris y Héctor, pero, tras seguir estudiando el tema, creemos que la interpretación ha de incluir otro aspecto, que daría plena coherencia a la inserción de los héroes troyanos en el conjunto, y que enlaza con algo ya apuntado y, además, obvio en el marco que estamos analizando: la mentalidad dinástica de los Habsburgo. Sobre el abuelo de Carlos I, Maximiliano, se ha escrito:

de lo relacionado con la Fama es novedoso, viene de muy atrás. Los llamados «*Nueve de la Fama*» fueron los guías de conducta ideal europea desde que a principios del siglo XII Jacques de Longuyón estableció el patrón, organizados por grupos de tres. De ellos, sólo dos no aparecen en la portada de San Marcos: Arturo, rey de Camelot, y Godofredo de Bouillón, pero la esencia y la intención es la misma.»

55 El rostro de Fernando de Aragón se encuentra mutilado. Permítanos una breve digresión sobre ello, «y perdone vuestra merced la digresión», como escribió Lope de Vega en su *Guzmán el Bravo* (Vega, L. de, *Novelas a...* o. c., p. 125). Cabe preguntarse cuándo y cómo se produjo el deterioro. Resulta verosímil que fuese en julio de 1936, durante el comienzo de la Guerra Civil (Álvarez Oblanca, W. – Serrano, S., *La Guerra Civil en León*, León 2009, p. 143). Si así hubiese sido, sin duda hay material fotográfico previo a ese momento que serviría para su restauración.

56 Martínez Ángel, L. *Estudios de historia...* o. c., p. 38.

57 Aguirre, E., *El Cosmos...* o. c., p. 50: «En un primer momento, cuando descubres a Troya en la portada surge la pregunta acerca del otro bando. ¿Y Ulises por qué no está en este templo de la fama si todos le conocemos? No ha permanecido como referente de héroe pues ganaba mediante artimañas. Es decir no vale cualquier fama, ni cualquier camino para obtenerla.» P. 52: «La destrucción de Troya, desproporcionada a su pecado contra las leyes de la hospitalidad, es un gran eco que atraviesa la Historia. No es casual, pues, que Príamo esté en San Marcos. Lo honorable fue provenir de los troyanos, de los vencidos en aquella guerra remota y terrible. Bella paradoja, cuando forma parte de nuestra tradición mantener, no sin razón, que la historia la escriben los vencedores.»

«Viendo tan cerca el trono imperial, Maximiliano decidió buscar conexiones reales (verdaderas o ficticias) entre sus ancestros y los grandes reyes y emperadores de la historia. Trazó una línea de descendencia que abarcaba desde el mismísimo Héctor, hijo del rey Príamo de Troya, pasando por Julio César y Carlomagno, incluyendo entre medias a varios santos.

Este árbol genealógico tan generosamente elaborado y que rayaba el mito, pretendía demostrar que a pesar de que la casa de los Habsburgo era prácticamente nueva dentro de las dinastías reales europeas, guardaban un pasado común con los grandes héroes de la historia. De hecho, eran esas cualidades de liderazgo, sus ideales caballerescos y la piedad que les caracterizaba, lo que hacía a esta rama imperial mucho más preparada para el poder que las otras familias reales.»⁵⁸

De ello cabe deducir una doble conclusión. La primera, que la presencia de los personajes troyanos se debe a que son parte de la genealogía —legendaria— de los Habsburgo; esa es la razón de su inclusión; es más: si la galería de retratos de la fachada del siglo XVI de San Marcos comienza en un extremo con el príncipe Juan, Felipe el Hermoso y Fernando el Católico, los troyanos se sitúan en el otro extremo, de modo que los ancestros cercanos (tío, padre, abuelo) y los más lejanos, los troyanos (Príamo, Paris y, tras Hércules, Héctor) enmarcan el resto de figuras, lo que nos muestra hasta qué punto la mentalidad dinástica de Carlos V (que en él era muy profunda⁵⁹) se refleja en el programa iconográfico representado⁶⁰ (y todavía añadiremos posteriormente un ejemplo más⁶¹). La segunda conclusión

58 Izquierdo Bermejo, V., *La vanidosa propaganda de Maximiliano I* (redhistoria.com/la-vanidosa-propaganda-de-maximiliano-i/#.V58KXfmLSM8)

59 Domínguez Ortiz, A., *España, tres milenios...* o. c., p. 142-143: «La ideología y el talante personal de Carlos V cuadran perfectamente con la cronología de su reinado. Quizá sorprenda que ya en pleno siglo XVI conservara rasgos tan típicamente medievales como la propuesta a Francisco I de dirimir sus diferencias mediante un combate personal. Pero había también en él rasgos muy modernos [...] La intensidad de sus sentimientos dinásticos, familiares, es otro rasgo que apunta hacia el Medioevo, aunque es verdad que en la Edad Moderna los reyes, a pesar del crecimiento del Estado impersonal que acabaría por suplantarlos, eran muy sensibles a los motivos familiares.»

60 Esto no significa, obviamente, que el programa iconográfico hubiese sido diseñado personalmente por Carlos V.

61 Si bien la genealogía legendaria de la dinastía Habsburgo es, ciertamente, destacable, lo cierto es que entra dentro de la mentalidad de los poderosos de la época la representación artística de sus antepasados. Así, por ejemplo, cabe recordar las pinturas heráldicas de la Sala de los Linajes del Palacio del Infantado de Guadalajara (Checa, F., «Poder y piedad: pa-

es poder afirmar que en la colección de personajes representados en la fachada de San Marcos el eje caballeresco de los *nueve de la fama* se entrecruza con el eje de la genealogía legendaria de la casa de Austria; de hecho, bien podría utilizarse como ejemplo de la explicación multicausal que nunca debe caer en el olvido de la metodología histórica.

En realidad, fueron varias las leyendas sobre los orígenes de los Habsburgo surgidas durante los siglos XIV y XV. La que hace entroncar a esta dinastía con los troyanos data del siglo XV⁶². Esta propaganda⁶³ dinástica tuvo su reflejo claro en la *Hofkirche* de Innsbruck, con el cenotafio de Maximiliano I (monarca muy interesado en el arte⁶⁴) rodeado de un impresionante programa escultórico (que no llegó a completarse⁶⁵) de antepasados

tronos y mecenas en la introducción del Renacimiento en España», en *Reyes y mecenas. Los Reyes Católicos – Maximiliano I y los inicios de la Casa de Austria en España*, com. F. Checa Cremades, Toledo 1992, 21-54, concretamente p. 28-29).

62 Berenguer, J., *El imperio de los Habsburgo. 1273-1918*, Barcelona 1992, p. 17-18; concretamente en la p. 18 se lee: «Por la misma época [segunda mitad del siglo XV] apareció la leyenda del origen franco de la Gran Casa: a ésta se la vinculaba directamente con los merovingios, remontándose, por lo general, más allá de los carolingios. Estos antepasados francos permitían a los Habsburgo encontrar su origen en los troyanos. Esta tesis, unida a prejuicios antirromanos y antiitalianos, no estaba desprovista de trasfondo político. Su principal adepto, el emperador Maximiliano I, se erigió así en sucesor legítimo de los reinos merovingios y carolingios de la Galia y de Germania. [...] Alentó con su apoyo numerosos trabajos sobre este tema: manuscritos iluminados, tratados de heráldica, árboles genealógicos ilustrados.» Cabe recordar al respecto, por ejemplo, cómo «Jacob Mennel le expuso al emperador en una colección de varias obras hasta 1518, la línea de antepasados que llevaban desde Héctor hasta Maximiliano.» (Schütz, K. «Maximiliano y el arte», en *Reyes y mecenas. Los Reyes Católicos – Maximiliano I y los inicios de la Casa de Austria en España*, Toledo 1992, 233-251, concretamente p. 244).

63 Respecto a este concepto, cabe recordar que la fachada de San Marcos de León tuvo una evidente función propagandística, habida cuenta de lo que supuso para Carlos V la Guerra de las Comunidades en cuanto pérdida de popularidad (Martínez Ángel, L., *Estudios de historia...*).

64 Dejando a un lado lo que significó el proyecto del conjunto escultórico de la *Hofkirche* de Innsbruck, hay otras diversas muestras de ello. Recordaremos, a modo de ejemplo, el famoso grabado en Hans Burkmaier que muestra la visita que Maximiliano le hizo en su propio taller de pintor.

65 Respecto a las esculturas mayores hay que recordar que «en un principio se habían planeado muchas más figuras, pero sólo se terminaron 28, y parte de ellas, incluso décadas después de haber fallecido Maximiliano.» (Forcher, M., *Kultur Land Tirol. Tras las Huellas de los Habsburgos en el Tirol*, Innsbruck 1992, p. [7]).

y familiares⁶⁶, santos y emperadores romanos, que no puede dejar de recordar, salvando las distancias⁶⁷, la galería de retratos de la fachada de San Marcos. La conexión entre ambos monumentos no se debe a que Carlos V hubiese estado varias veces en Innsbruck, la primera vez con anterioridad a la realización de la fachada que nos ocupa⁶⁸ (en la que pudo perfectamente visitar la *Hofkirche* y conocer el conjunto escultórico que, aunque no terminado según el proyecto original de Maximiliano, permitía captar la esencia de la idea⁶⁹), sino, más que probablemente, a la mentalidad dinástica de los Habsburgo⁷⁰.

Cabría preguntarse la razón por la que los monumentos funerarios de Carlos V y Felipe II en El Escorial⁷¹, realizados, huelga decirlo, en época del segundo, no manifiestan de una manera similar a la *Hofkirche* de Innsbruck o la fachada de San Marcos de León estas cuestiones genealógicas de tipo legenda-

Sobre la Hofkirche y el conjunto escultórico *vid.*:

— Oberhammer, V., *Die Bronzestandbilder des Maximilian-Grabmales in der Hofkirche zu Innsbruck*, Innsbruck 1935.

— Kittinger, H., *Court Castle, Silver Chapel and Court Church of Innsbruck*, Innsbruck 1967.

66 Algunos coincidentes con los representados en la fachada de San Marcos de León.

67 Y también obviando algún otro paralelismo, aunque quizá meramente circunstancial, como, por ejemplo, el encontrar personajes femeninos agrupados.

68 En la primavera de 1530 «en Innsbruck [...], como ciudad de su dinastía, estaría todo un mes», y «Cuatro días en Innsbruck entre el 9 y el 12 de julio [de 1543]» y la estancia de 1552 que terminó en su dramática salida de la capital del Tirol (Fernández Álvarez, M., *Carlos V, el César y el hombre*, Barcelona 2015, p. 425, 648 y 752).

69 Richardson, C. M., «Art and death», en *Viewing Renaissance Art*, K. W. Woods *et alii*, United Kingdom 2007, 242: «Hofkirche in Innsbruck. According to the plan of 1502, it was to include a sepulchre accompanied by 40 bronze over-life-size figures of his family holding candles, plus patron saints and busts of Roman emperors. When Maximilian died in 1519, he left instructions for the statues [...] It is not known how Maximilian wanted the figures to be arranged, although those completed give a good idea of the monument's meaning.»

70 No está de más recordar que los Habsburgo austriacos siguieron manteniendo su interés dinástico, y así, por ejemplo, se puede aducir el grupo escultórico que hay en la antigua *Hofbibliothek*, actualmente Biblioteca Nacional de Austria (Bossler, J. – Laubier, G. de, *Bibliotecas del mundo*, París 2003, p. 14-18).

71 Evidentemente, no introducimos en la comparación la Capilla Real de Granada, donde, salvo Felipe el Hermoso, las personas allí enterradas no son de la familia Habsburgo.

rio de las que nos hemos ocupado anteriormente⁷². Probablemente la razón estribe en el contexto histórico, dado que Felipe II ya no ostentaba el título de emperador, y su monarquía presentaba otras características. Escribe el Prof. Fernández Albadalejo:

«... no debemos olvidar que todavía en la misma Dieta de Augusta de 1550 Carlos V albergaba el propósito de designar a Felipe como emperador, criterio que después de no pocas discusiones habrá de abandonar definitivamente.

Ese empeño resultaba comprensible a la vista de lo que estaba en juego: la quiebra de una concepción del mundo que, basada en la unidad política y religiosa, había dominado la historia de Occidente desde los primeros tiempos medievales, y de la que Carlos V fue precisamente su último representante. Quienes después de él se colocaron al frente del imperio ya no serían coronados por el Papa. Con la desaparición de este último y significativo reconocimiento, la idea imperial abandonaba su anterior sentido *romano* para, de acuerdo con J. Beneyto, empezar a “hacerse viable como pura idea alemana”...»⁷³

Esto, sin embargo, no debe llevarnos a conclusiones erróneas. Aunque los monumentos funerarios de Carlos I y Felipe II en la basílica de San Lorenzo de El Escorial no muestren la genealogía legendaria de la familia Habsburgo de una manera parangonable a la *Hofkirche* de Innsbruck o a la fachada plateresca de San Marcos de León, lo cierto es que ello no significa que ni Felipe II ni sus sucesores de la rama hispánica de la dinastía la hubiesen olvidado. Para ejemplificarlo, y así terminaremos el presente trabajo, mencionaremos dos muestras. La primera aparece en el retrato que Sánchez Coello realizó del príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II: «El águila del cuadro representa Júpiter, padre de Hércules y legendario ancestro de la Casa de Habsburgo.»⁷⁴ Y aquí tenemos, por cierto, la explicación de la presencia de Hércules entre los personajes representados en la fachada de San Marcos: es otro de los ancestros legenda-

72 Aunque, obviamente, no faltan elementos genealógicos. *Vid.* al respecto la descripción de los monumentos funerarios escorialenses en:

— Sigüenza, Fr. J. de, *Fundación del Monasterio de El Escorial por Felipe II*, Madrid 1927, 468-475.

— Zarco Cuevas, Fr. J., *El Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial y La Casita del Príncipe*, El Escorial 1932, 36-39.

73 Fernández Albadalejo, P., *Fragmentos de monarquía. Trabajos de historia política*, Madrid 1992, 67-68.

74 Parker, G., *Felipe II...* o. c., lámina 35.

rios en la genealogía de los Habsburgo⁷⁵, algo ya apuntado por el Prof. Llamazares Rodríguez⁷⁶.

La segunda, correspondiente ya al siglo XVII⁷⁷, la encontramos en el Jardín del Rey del Palacio de Aranjuez:

75 Al respecto, sin indicar la cuestión genealógica, se ha escrito lo siguiente (Aguirre, E., *El Cosmos...* o. c., p. 45): «Sin duda, uno de los medallones más logrados de la portada es Hércules. Este personaje mitológico fue mirado con simpatía por el cristianismo, no lo consideró perteneciente al mundo pagano. Su presencia es frecuente no ya en la simbología de Carlos V, quien incluyó en su escudo de armas las dos columnas más un «*Plus Ultra*», sino en la propia iconografía de la Iglesia Católica. [...] Según las crónicas, en el funeral de Carlos V que se le hizo en Bruselas fue equiparado a él.» Las alusiones comparativas entre Carlos V y Hércules van más allá de su propia época; así, por ejemplo, en un poema a Carlos V escrito por el Conde de Villamediana se lee: «Y fuerte como Alcides» (Tassis, J. de, Conde de Villamediana, *Poesía impresa completa*. Edición de José Francisco Ruiz Casanova, o. c., p. 344). Con independencia de lo referente al heroísmo y la fuerza, lo cierto es que existía la conexión de la genealogía mitológica de los Habsburgo.

Esto nos lleva a un interrogante. Era común en el Siglo de Oro que se comparase a destacadas personalidades de la realidad con personajes mitológicos; así, escribe D^a. María Teresa Ruestes: «Los poetas de los siglos XVI y XVII solían establecer comparaciones entre hombres de grandes méritos (reyes, príncipes, gobernantes, santos...) y personajes míticos (Atlante, Argos, Alcides, Jasón...)» (Conde de Villamediana, *Poesía*. Edición, prólogo y notas de María Teresa Ruestes, o. c., p. 29). Mas ello no obsta para que resulte pertinente preguntarse si, cuando se aplica a miembros de los Austrias la referencia de Hércules, este citado tópico está haciendo referencia a su genealogía mítica. Ejemplos no faltan, de los que nos limitaremos a citar dos. El escritor y militar profesional Francisco de Aldana compara a un personaje como D. Juan de Austria —miembro, aunque ilegítimo, de la familia Habsburgo— con Hércules (Aldana, F. de, *Poesía*. Edición, introducción y notas de Rosa Navarro Durán, Barcelona 1994, p. 170 —verso 33 de las «Octavas al Serenísimo Señor D. Juan de Austria»). Y el segundo terceto de un soneto del conde de Villamediana dedicado «Al Nacimiento del Príncipe de España», el futuro Felipe IV, escribe, enlazando los antepasados del niño con una referencia a Hércules, su antepasado mitológico: «Y de tan ricas esperanzas lleno, / como sangre de Carlos y Fernando, / más que culebras vencerá en la cuna.» (Conde de Villamediana, *Poesía*. Edición, prólogo y notas de María Teresa Ruestes, o. c., p. 44).

76 Llamazares Rodríguez, F., *Guía artística de León*, León 2015, p. 118: «Por otra parte, a Hércules también se le consideró como progenitor de la dinastía borgoñona de los Austria. Pensamos que la presencia de Hércules en la galería viene a reforzar además la presencia del emperador Carlos I de España y V de Alemania como último descendiente de esa casa, a quien los humanistas del Renacimiento le denominaron como «Nuevo Hércules». El mítico héroe quedó convertido en patrono de la monarquía hispana. El propio emperador en su empresa plasmó el lema de *Plus Ultra* sobre las columnas de Hércules.»

77 Sobre la actitud de los Habsburgo españoles respecto a los austriacos en el siglo XVII *vid.* Elliott, J. H., *El conde-duque...* o. c., p. 76.

«Felipe IV modificó el pavimento y la organización de la pared perimetral (h. 1623), disponiendo una colección de esculturas que emparentaba simbólicamente los emperadores romanos con la propia dinastía de los Austrias.»⁷⁸

Lorenzo MARTÍNEZ ÁNGEL

Doctor en Historia

⁷⁸ Atienza, J. M., *Guía de Aranjuez. El Real Sitio. La ciudad. El paisaje*, Madrid 2000, p. 66.